

trimonio de su hija... y no la casará sin mi ayuda... Por hermosa que sea la señorita Hortensia, necesita una dote...

—¡Ay de mí! sí—dijo la baronesa enjugándose los ojos.

—Pues bien, trate de pedir diez mil francos al barón—repuso Crevel tomando su posición favorita.

Y esperó durante un momento, como un actor que *señala un tiempo*.

—Si los tuviese, los daría á la que reemplazase á Josefa—dijo forzando su *medium*.—En la senda en que está ¿se detiene nadie? En primer lugar, le gustan demasiado las mujeres. (Hay en todo un justo medio, como ha dicho nuestro rey.) Y con esto va mezclada la vanidad. ¡Es un hombre guapo! ¡Los llevará á todos á la miseria por divertirse él! Por otra parte, ya está usted camino del hospital. Mire, desde que no he puesto los pies en su casa, no ha podido usted renovar los muebles del salón. La palabra *APURO* es vomitada por todas las grietas de estas telas. ¿Cuál es el yerno que no saldrá horrorizado de las pruebas mal disimuladas de la más horrible de las miserias, la de las gentes *comme il faut*? Yo he sido droguero y conozco todo eso. No hay golpe de vista como el del comerciante de París para saber descubrir la riqueza real y la riqueza aparente... Están ustedes sin un céntimo—dijo en voz baja;—se ve en todo, hasta en el vestido de su criado. ¿Quiere usted que le revele horribles misterios que le son ocultos?...

—Señor—dijo la señora Hulot, que lloraba á lágrima viva,—¡basta! ¡basta!

—Pues bien, mi yerno da dinero á su padre, y esto es lo que quería decirle al principio respecto al gasto de su hijo. Pero velo por los intereses de mi hija... Tranquilícese.

—¡Ah! ¡casar á mi hija y morir!...—dijo la desgraciada mujer, que perdió la cabeza.

—Pues bien, aquí tiene el medio—repuso Crevel.

La señora Hulot miró á Crevel con un aire esperanzado que cambió tan rápidamente su fisonomía, que este solo movimiento hubiese debido enternecer á Crevel y hacerle abandonar su ridículo proyecto.

CAPÍTULO III

Una hermosa vida de mujer

—Usted será hermosa aun diez años—repuso Crevel;—sea bondadosa conmigo, y la señorita Hortensia se casará. Hulot me ha dado el derecho, como le decía, á decirlo todo claramente, y no se enfadará. Desde hace tres años he aumentado mis capitales, pues mis calaveradas han disminuido. Tengo trescientos mil francos, además de mi fortuna, y son suyos...

—Salga usted, caballero—dijo la señora Hulot,—salga, y no aparezca jamás en mi presencia. Sin la necesidad que me ha colocado usted de saber el secreto de su cobarde conducta en el asunto del matrimonio proyectado para Hortensia... ¡Sí! cobarde—repuso á un gesto de Crevel.—¿Por qué hacer pesar semejantes odios sobre una pobre joven, sobre una hermosa é inocente criatura?... Sin esa necesidad que hería mi corazón de madre, no me hubiese vuelto á hablar y no hubiese vuelto á entrar en mi casa. Treinta y dos años de honradez y de fidelidad de mujer no perecerán bajo los golpes del señor Crevel.

—Antiguo perfumista, sucesor de César Birotteau, en la Reina de las Rosas, situada en la calle de San Honorato—dijo irónicamente Crevel;—antiguo teniente alcalde, capitán de la guardia nacional, caballero de la Legión de honor, enteramente lo mismo que mi predecesor.

—Caballero—repuso la baronesa,—el señor Hulot ha podido cansarse de su mujer después de veinte años de constancia, esto no le importa á nadie más que á mí; pero ya ve usted, señor, que ha ocultado bien sus infidelidades, pues yo ignoraba que le hubiese sucedido á usted en el corazón de la señorita Josefa...

—¡Oh!—exclamó Crevel—á precio de oro, señora... Esa ave de rapiña le cuesta más de cien mil francos en dos años. ¡Ah! ¡ah! no está usted enterada de todo.

—Dé usted tregua á todo esto, señor Crevel. No renunciaré por usted á la dicha que experimenta una madre pudiendo abrazar á sus hijos sin sentir remordimientos en el

corazón, siendo respetada y amada por su familia, y entregaré mi alma á Dios sin mancha.

—¡Amén!—dijo Crevel con esa amargura diabólica que se dibuja en el rostro de las personas pretenciosas cuando han naufragado de nuevo en semejantes empresas.—Usted no conoce la miseria en su último período, la vergüenza, el deshonor... He procurado instruirle, quería salvar á usted y á su hija... pues bien, deletreará usted la parábola moderna del *padre pródigo*, desde la primera á la última letra. Sus lágrimas y su altivez me commueven, pues es horrible ver llorar á la mujer á quien se ama...—dijo Crevel sentándose.—Todo lo que puedo prometerle, querida Adelina, es no hacer nada contra usted ni contra su marido; pero no envíe usted nunca á nadie á mi casa á pedir informes. ¡Esto es todo!

—¿Qué hacer, pues?—exclamó la señora Hulot.

Hasta aquí, la baronesa había sostenido valerosamente las triples torturas que aquella explicación imponía á su corazón, pues sufría como madre, como mujer y como esposa. En efecto, cuanto más arrogante y agresivo se había mostrado el suegro de su hijo, más fuerza había encontrado ella en la resistencia que oponía á la brutalidad del droguero; pero la bondad que éste manifestaba en medio de su desesperación de amante rechazado, de hermoso guardia nacional humillado, aflojó sus fibras prontas á romperse; se retorció las manos, se deshizo en lágrimas, y estaba en tal estado de abatimiento estúpido, que se dejó besar las manos por Crevel, arrodillado ante ella.

—¡Dios mío! ¿qué hacer?—repuso enjugándose los ojos.

—¿Puede ver una madre á su hija perecer? ¿Cuál será la suerte de una criatura tan magnífica, tan fuerte por su vida casta al lado de su madre como por su naturaleza privilegiada? Ciertos días se pasea triste por el jardín, sin saber por qué; la encuentro con los ojos llorosos...

—Tiene veintiún años—dijo Crevel.

—¿Es preciso meterla en un convento?—preguntó la baronesa.—¡Oh! en semejantes crisis la religión es frecuentemente impotente contra la naturaleza, y las jóvenes más piadosamente educadas pierden la cabeza... Pero levántese usted, señor; ¿no ve que todo ha acabado ahora entre nosotros, que me horroriza, que ha derribado la última esperanza de una madre?...

—¿Y si la levantase?—dijo Crevel.

La señora Hulot miró á Crevel con una expresión delirante que le conmovió; pero ocultó la piedad en su corazón, á causa de esta frase: *¡Me causa usted horror!* La virtud es siempre demasiado rígida, é ignora los matices y los temperamentos con ayuda de los cuales se sale de una falsa posición.

—Aunque una muchacha sea tan hermosa como la señorita Hortensia, hoy no se casa sin dote—repuso Crevel.—Su hija posee una de esas bellezas espantosas para los maridos; es como uno de esos caballos de lujo que exigen muchos cuidados y que son demasiado costosos para tener muchos compradores. Si va uno por la calle dando el brazo á una mujer semejante, todo el mundo le sigue, le mira y desea á su esposa. Este éxito inquieta á muchas gentes que no quieren tener que matar á amantes, porque, después de todo, nunca se mata más que á uno. En la situación en que usted se halla, no puede casar á su hija más que de tres maneras: la primera mediante un auxilio, pero ésta veo que usted no la desea; la segunda encontrando un viejo de sesenta años muy rico y sin hijos y que desee tenerlos, lo cual, aunque es difícil, no deja de hallarse. Si hay tantos viejos que toman Josefas y Jenny Cadines, ¿por qué no se ha de hallar uno que haga la misma estupidez legítimamente? Si yo no tuviese á mi Celestina y á mis dos nietos, me casaría con Hortensia. El tercer medio es el más sencillo.

La señora Hulot levantó la cabeza y miró con ansiedad al antiguo perfumista.

—París es una villa donde se dan cita todas las gentes de energía que brotan del territorio francés y donde pululan muchos talentos capaces de todo, hasta de hacer fortuna. Ahora bien, esos muchachos (este servidor era uno en su tiempo y ha conocido á muchos. ¿Qué tenía Tillet? ¿Qué tenía Popinot hace veinte años? Ambos ocupaban la tienda del papá Birotteau sin más capital que el deseo de medrar, el cual deseo vale, á mi juicio, más que el mejor capital. Los capitales se consumen, mientras que la moral siempre permanece. ¿Qué tenía yo? Deseos de medrar, valor. Tillet se codea hoy con los mayores personajes. El pequeño Popinot, el droguero más rico de la calle de los Lombardos, ha llegado á diputado, y hele hoy ministro.) Pues bien, uno de esos *condottieri* del comercio, de la pluma ó de la pintura es

el único ser capaz de casarse en París con una muchacha guapa sin un céntimo, pues poseen todas las clases de valor. El señor Popinot se casó con la señorita Birotteau sin esperar un céntimo de dote. Esas gentes están locas, y creen en el amor como creen en su fortuna y en sus facultades. Busque usted un hombre de energía que se enamore de su hija, y se casará con ella sin mirar al presente. No me negará usted que para ser enemigo no carezco de generosidad, pues este consejo va contra mí.

—¡Ah! señor Crevel, ¡si quisiera usted ser amigo mío y dejar sus ridículas ideas!...

—¡Ridículas! señora, no se haga usted tan poco favor, mírese usted. Yo la amo y será mía. Quiero poderle decir á Hulot algún día: «Tú me quitaste á Josefa, y yo poseo á tu mujer». Esta es la antigua ley del talión, y perseguiré mi proyecto, á menos que no se vuelva usted excesivamente fea. Tengo la seguridad de lograr lo que deseo por las siguientes razones—añadió mirando á la señora Hulot.—Usted no encontrará un viejo ni un joven que se enamoren de Hortensia, porque ama demasiado á su hija para entregarla á un viejo libertino, y por otra parte, usted, baronesa de Hulot, hermana del teniente general que mandaba los antiguos granaderos de la antigua guardia, no se resignará á aceptar al hombre de energía tal como lo encuentre, pues bien podría ser un sencillo obrero, como hay hoy millonario que era hace diez años sencillo perito mecánico, listero ó contraamaestre de fábrica. Entonces, al ver á su hija movida por sus veinte años á un acto capaz de deshonrarla, usted se dirá: «Prefiero ser yo la deshonrada, y si el señor Crevel quiere guardarme el secreto, voy á ganarme la dote de mi hija, doscientos mil francos, con diez años de apego á ese antiguo droguero, al padre Crevel». La aburro á usted y lo que le digo le parece profundamente inmoral, ¿verdad? Pero si se viese usted atacada por una pasión irresistible, se haría para obedecer á ella los mismos razonamientos que se hacen las mujeres que aman. Ahora bien, su interés por Hortensia le inspirará estas capitulaciones de la conciencia.

—A Hortensia le queda un tío.

—¿Quién? ¿el padre Fischer?... ¡Oh! éste tiene que preocuparse de él por culpa del barón, que suele limpiar siempre todos los bolsillos que están á su alcance.

—El conde Hulot...

—¡Oh! señora, su marido ha recurrido ya á las economías del teniente general y ha amueblado con ellas la casa de su cantante. Vamos á ver, ¿me dejará usted marchar sin una esperanza?

—Adiós, caballero; una pasión por una mujer de mi edad se cura fácilmente, y yo espero que usted acabará por tener ideas más cristianas. Dios protege á los desgraciados.

—La baronesa se levantó para obligar al capitán á retirarse y lo acompañó hasta el salón.

—¿Debería vivir nunca entre semejantes guñapos la hermosa señora de Hulot?—dijo Crevel al mismo tiempo que señalaba con la mano una lámpara vieja, una araña desdorada, los cordones de las cortinas, en fin, los andrajos de la opulencia que convertían aquel gran salón blanco, rojo y oro en un cadáver de las fiestas imperiales.

—Señor, la virtud reluce sobre todo eso. Y ciertamente yo no deseo obtener un magnífico mobiliario convirtiendo esta belleza que usted me atribuye en un lazo, en un gancho para cazar monedas.

El capitán se mordió los labios al escuchar de boca de la baronesa las mismas frases que él había empleado para juzgar á Josefa.

—¿Y por quién esa perseverancia?—le preguntó.

En este momento la baronesa llegaba con el antiguo perfumista hasta la puerta.

—¡Por un libertino!—añadió, haciendo una mueca de hombre virtuoso y millonario.

—Señor, si tuviese usted razón, entonces mi constancia tendría más mérito.

Dicho esto, dejó al capitán después de haberle saludado como se saluda cuando se desea desembarazarse de un importuno, y volvió á abrir de nuevo las puertas que había cerrado, notando entonces el gesto amenazador con que Crevel se despidió de ella. La baronesa andaba en actitud altiva y noble, como una mártir en el Coliseo; sin embargo, había agotado sus fuerzas, pues se dejó caer en el diván de su gabinete como mujer próxima á desmayarse, y permaneció con los ojos fijos en el carcomido kiosco, donde su hija charlaba con su prima Bel.

Desde los primeros días de su matrimonio hasta este momento, la baronesa había amado á su marido como Josefina acabó por amar á Napoleón, con un amor admirativo, con

un amor maternal, con un amor cobarde, y si ignoraba los detalles que Crevel acababa de darle, sabía sin embargo sobradamente que el barón Hulot hacía veinte años que comía con ella pequeñas infidelidades; mas se había puesto en los ojos una venda, había llorado en silencio y nunca se le había escapado una palabra de reproche. En cambio de esta angelical dulzura, la baronesa había obtenido la veneración de su marido y una especie de culto divino en torno suyo. El afecto que una mujer demuestra á su marido y el respeto de que le rodea, son contagiosos en la familia. Hortensia creía á su padre un verdadero modelo de amor conyugal. Respecto á Hulot hijo, educado en medio de una atmósfera de admiración por el barón, en quien todo el mundo veía uno de los gigantes que secundaron á Napoleón, sabía que se debía al nombre, á la reputación y á la consideración paterna, y por otra parte, como que las impresiones de la infancia ejercen una larga influencia en los individuos, temía aún á su padre: así es que, aunque hubiese sospechado las irregularidades reveladas por Crevel, las hubiera disculpado por medio de razonamientos sacados de la manera que tienen de ver los hombres estas cosas.

Ahora es necesario explicar la abnegación extraordinaria de aquella hermosa y noble mujer, y he aquí la historia de su vida en pocas palabras.

En una aldea situada en los últimos límites de Lorena, al pie de los Vosgos, tres hermanos llamados Fischer, sencillos labradores, partieron á formar parte de los ejércitos del Rhin á consecuencia de las quintas republicanas.

En 1799, el segundo hermano, llamado Andrés, viudo y padre de la señora Hulot, dejó á su hija entregada á los cuidados de su hermano el mayor, Pedro Fischer, que quedó inútil de una herida recibida en 1797, é hizo algunos contratos parciales de transportes militares, servicio este que debió á la protección del ordenador Hulot de Eryv. Por una casualidad bastante natural, Hulot, que fué á Strasburgo, conoció á la familia Fischer. El padre de Adelina y su joven hermano eran entonces proveedores de forrajes en Alsacia.

Adelina, que contaba entonces diez y seis años, podía ser comparada á la famosa señora Du Barry, hija como ella de Lorena. Poseía una de esas bellezas completas, sorprendentes, era una de esas mujeres semejantes á la señora

Tallien, á quienes la naturaleza adorna con sus más preciosas dotes: distinción, nobleza, gracia, finura, elegancia, carnes y tez sedosas fabricadas en un taller desconocido en que trabaja la casualidad. Estas hermosas mujeres se parecen todas entre sí. Bianca Capella, cuyo retrato es una de las obras maestras de Bronzino; la Venus de Juan Goujon, cuyo original es la famosa Diana de Poitiers; la *signora* Olimpia, cuyo retrato está en la galería Doria; finalmente, Ninon, la señora Du Barry, la señora Tallien, la señorita Georges, la señora Recamier, todas esas mujeres que se conservaron bellas á despecho de los años, de sus pasiones ó de su vida, llena de excesivos placeres, tienen en el talle, en la contextura y en el carácter de la belleza semejanzas sorprendentes, que hacen creer que existe en el océano de las generaciones una corriente afrodisiaca de donde salen todas esas Venus hijas de la misma onda salada.

Adelina Fischer, una de las más hermosas de esa tribu divina, poseía los caracteres sublimes, las líneas serpentina y el tejido venoso de esas mujeres que han nacido reinas. La cabellera rubia que nuestra madre Eva obtuvo de la mano de Dios, un talle de emperatriz, un aire de grandeza, contornos augustos en el perfil y una modestia sencilla detenia á su paso á todos los hombres, encantados ante ella como quedan encantados los aficionados ante un Rafael; así es que el ordenador al verla hizo á Adelina Fischer su mujer, con gran asombro de los Fischer, que eran respetuosos y estaban llenos de admiración por sus superiores.

El mayor, soldado del año 1792, herido gravemente en el ataque de las líneas de Wissembourg, adoraba al emperador y á todo el que formaba parte de su ejército. Andrés y Juan hablaban con respeto del ordenador Hulot, el protegido del emperador, á quien debían, por otra parte, su suerte, pues Hulot de Eryv, al verles inteligentes y pobres, les había sacado de la masa del ejército para ponerlos al frente de una factoría. Los hermanos Fischer habían prestado grandes servicios durante la campaña de 1804, y al firmarse la paz, Hulot les había procurado aquella factoría de forrajes en Alsacia, sin saber que él sería enviado más tarde á Strasburgo para preparar allí la campaña de 1806.

Para la joven aldeana este matrimonio fué como una asunción. La hermosa Adelina pasó sin transición del lodo de su aldea al paraíso de la corte imperial. En efecto, en aquellos

tiempos, el ordenador, que era uno de los trabajadores más probos y más activos de su cuerpo, fué nombrado barón y agregado por el emperador á la guardia nacional. Aquella hermosa aldeana tuvo valor para educarse por amor á su marido, de quien estaba locamente enamorada; bien es verdad que el ordenador en jefe era como hombre lo que Adelina era como mujer, es decir, que pertenecía á lo más selecto de los buenos mozos. Alto, bien formado, rubio, de ojos azules, penetrantes é irresistiblemente animados, y de elegante talle, se hacía notar entre los de Orsay, los Forbin, los Ouvrard, en fin, entre el batallón de los guapos del Imperio. Conquistador é imbuído en las ideas del Directorio en materia de mujeres, su carrera de galanteador quedó entonces interrumpida por bastante tiempo gracias á su fidelidad conyugal. Para Adelina, el barón fué, pues, desde el principio, una especie de Dios que no podía faltar. Se lo debía todo: la fortuna, porque tuvo coche y palacio, y disfrutó de todo el lujo de su tiempo; la dicha, porque era amada públicamente; un título, porque era baronesa; la celebridad, porque la llamaban la hermosa baronesa de Hulot. En fin, tuvo el honor de rehusar los homenajes del emperador, que le regaló un aderezo de diamantes y la distinguió siempre, pues preguntaba de cuando en cuando, como hombre capaz de vengarse del que hubiera triunfado allí donde él hubiera sido vencido: «Y la señora Hulot, ¿sigue siendo juiciosa?»

No se necesita, pues, mucha inteligencia para reconocer en un alma sencilla y hermosa como la de la hermosa señora Hulot los motivos de su amor fanático. Después de haberse aferrado á la idea de que su marido no podía tener nunca culpa para con ella, la baronesa, en su fuero interno, se convirtió en la servidora humilde, adicta y ciega de su creador. Notad, por otra parte, que estaba dotada de muy buen sentido, de ese buen sentido del pueblo, que contribuyó á que su educación fuese sólida. En sociedad hablaba poco, no decía mal de nadie, no intentaba brillar, reflexionaba acerca de todo, escuchaba y procuraba imitar á las mujeres más honradas y á las mejor nacidas.

En 1815, Hulot siguió la línea de conducta del príncipe Wissembourg, amigo íntimo suyo, y fué uno de los organizadores de aquel ejército improvisado cuya derrota terminó el ciclo napoleónico en Waterloo. En 1816, el barón se convirtió en uno de los enemigos del ministerio Feltre, y no fué

incorporado á la intendencia hasta 1823, pues los necesitaron para la guerra de España. En 1830, reapareció en la administración cuando aquella especie de quinta hecha por Luis Felipe en los antiguos tercios napoleónicos. Desde el advenimiento al trono de la rama mayor, de quien fué hábil partidario, era el director indispensable del ministerio de la Guerra; había obtenido el grado de mariscal, y el rey no podía hacer ya nada más por él, á menos de nombrarle ministro ó par de Francia.

Ocioso desde 1818 á 1823, Hulot había entrado al servicio activo de las mujeres. La señora Hulot hacía remontar las primeras infidelidades de su Héctor al gran *final* del Imperio. Durante doce años, la baronesa había representado, pues, en su hogar el papel de *prima donna assoluta*, sin substituta, gozaba de ese inveterado afecto que los maridos sienten por sus mujeres cuando éstas se resignan á ser amantes y virtuosas compañeras, sabía que ninguna rival resistiría á un solo reproche hecho á su marido, pero cerraba los ojos, se tapaba los oídos y procuraba ignorar la conducta de su marido fuera de casa. En una palabra, que trataba á su Héctor como trata una madre á su niño mimado. Tres años antes de la conversación que acababa de tener lugar, Hortensia reconoció á su padre en Variedades en un palco proscenio del primer piso, en compañía de Jenny Cadine, y había exclamado: «¡Allí está papá!» «Te engañas, hija mía, está en casa del mariscal» respondió la baronesa. Ésta había visto perfectamente á Jenny Cadine, pero en lugar de sentir una opresión del corazón al verla tan bonita, se dijo para sus adentros: «¡Qué feliz debe ser ese pillo de Héctor!» Sufrió sin embargo y se entregaba secretamente á espantosas rabias: mas cuando volvía á ver á su Hector, recordaba sus doce años de dicha pura y quedaba sin fuerzas para articular una queja. Hubiera querido que el barón la tomase por confidente; pero nunca se había atrevido á darle á entender que conocía sus calaveradas, por respeto á él mismo. Estos excesos de delicadeza sólo se encuentran en las hermosas hijas del pueblo, que saben recibir golpes pacientemente, porque aun llevan en las venas los restos de la sangre de los primeros mártires. Las mujeres bien nacidas, como son iguales á sus maridos, sienten la necesidad de atormentarles y de hacerles ver sus tolerancias por medio de palabras mordaces, llevadas tal vez de un espíritu diabólico de

venganza y acaso para asegurarse una superioridad ó un derecho de revancha.

La baronesa tenía un admirador apasionado en su cuñado el teniente general Hulot, venerable jefe de los granaderos de la guardia imperial, á quien daban el grado de mariscal durante los últimos días de su vida. Este anciano, después de haber mandado desde 1830 á 1834 la división militar donde se hallaban los departamentos bretones, teatro de sus hazañas en 1799 y en 1800, había ido á fijar su residencia en París al lado de su hermano, á quien profesaba un cariño fraternal. El corazón de este veterano simpatizaba con el de su cuñada, á quien admiraba como la más noble y la más santa criatura de su sexo. No se había casado porque había querido encontrar una segunda Adelina, buscada inútilmente á través de veinte países y de veinte campañas. Para no decaer en el ánimo del viejo republicano sin reproché y sin tacha, de quien Napoleón decía: «Ese valiente Hulot es el más testarudo de los republicanos, pero no me hará nunca traición», Adelina hubiera soportado sufrimientos mil veces más crueles que los que acababa de sufrir. Pero este anciano de setenta y dos años de edad, reventado por treinta campañas y herido por vigésima séptima vez en Waterloo, era un admirador de Adelina, pero no un protector. Entre otros achaques, el pobre conde tenía el de no oír, á no ser por medio de una trompetilla.

Mientras que el barón Hulot de Ervy fué guapo, las mujeres no ejercieron la menor influencia sobre su fortuna; pero á los cincuenta años es preciso contar con las dádivas. A esta edad el amor en los hombres se convierte en vicio, y suele ir acompañado de insensatas vanidades; de suerte que por esta época Adelina notó que su marido se tornaba increíblemente exigente en el vestir, se teñía los cabellos y las patillas y se ponía cinturones y corsés. En una palabra, que quería permanecer guapo á toda costa. Este culto por su persona, que tan criticado había sido antaño por el barón, llegó en él hasta la exageración. En fin, Adelina notó que el Pactolo que corría por casa de las queridas del barón tenía su origen en su casa propia. En ocho años había sido disipada una considerable fortuna tan radicalmente, que cuando la boda del joven Hulot, dos años antes, el barón se había visto obligado á confesar á su mujer que su sueldo constituía su única fortuna.

—¿A dónde iremos á parar de este modo?—le había preguntado Adelina.

—No temas—le había respondido el consejero de Estado.—Yo os entregaré mi sueldo y entablaré negocios para lograr la dote de Hortensia y asegurar nuestro porvenir.

La fe profunda de aquella mujer en el poder, en el valor, en el carácter y en las capacidades de su marido, había calmado esta inquietud momentánea.

CAPÍTULO IV

Un carácter de solterona, original y sin embargo más común de lo que parece

Ahora debe concebirse perfectamente la naturaleza de las reflexiones de la baronesa y su llanto, después de la marcha de Crevel. La pobre mujer sabía que se hallaba hacía dos años en el fondo de un abismo, pero creía hallarse sola, no sabía cómo se había hecho el matrimonio de su hijo, ignoraba las relaciones de Héctor con la ávida Josefa y, finalmente, confiaba en que nadie en el mundo conocía sus dolores. Ahora bien, si Crevel hablaba tan ligeramente de las disipaciones del barón, Héctor iba á perder la consideración pública, y ella entreveía en las groseras palabras del antiguo perfumista irritado el odioso compadrazgo á que era debido el matrimonio del joven abogado. ¡Dos muchachas perdidas habían sido las sacerdotisas de aquel himeneo, propuesto en alguna orgía, en medio de las degradantes familiaridades de dos ancianos ebrios!

—¿De modo que olvida á Hortensia?—se dijo,—y sin embargo, la ve todos los días. ¿Le buscará tal vez un marido en casa de esas libertinas?

La madre, más fuerte que la mujer, hablaba sola en este momento, pues veía á Hortensia riéndose con su prima Bel con esa risa loca de la juventud indiferente, y sabía que esas risas nerviosas eran indicios tan terribles como las tristes meditaciones de un paseo solitario por el jardín.

Hortensia se parecía á su madre, pero tenía los cabellos dorados, rizados naturalmente y de una abundancia asombrosa. El brillo de sus carnes era semejante al del nácar y

se veía claramente que era el fruto de un matrimonio honrado, de un amor puro y noble en toda su extensión. Había un movimiento apasionado en su fisonomía, una alegría en sus facciones y tenía una frescura de vida y una riqueza de salud que vibraban en torno suyo y producían una especie de aureola. Hortensia atraía las miradas. Cuando sus ojos azules se fijaban en un transeunte, éste se estremecía involuntariamente. Por otra parte, su tez no estaba manchada por ninguna de esas pecas con que esas rubias doradas suelen pagar su blancura láctea. Alta, entrada en carnes sin ser gruesa, y de talle esbelto como el de su madre, merecía ese título de diosa tan prodigado en los antiguos autores. Así es que el que veía á Hortensia en la calle no podía detener esta exclamación: «¡Dios mío! ¡qué muchacha tan hermosa!» Era Hortensia tan verdaderamente inocente, que cuando volvía á casa solía decir: «Pero, mamá, ¿qué tienen todos para exclamar: ¡Qué muchacha tan hermosa! estando tú á mi lado? ¿No eres tú más guapa que yo?» Y en efecto, á los cuarenta y siete años cumplidos la baronesa podía ser preferida á su hija por los aficionados á puestas de sol, pues no había perdido ninguna de sus gracias.

Pensando en su hija, Adelina volvió al padre y le vio cayendo de día en día por grados hasta encenagarse en el lodo social y ser despedido algún día del ministerio. La idea de la caída de su ídolo, acompañada de una visión indistinta de las desgracias que Crevel le había profetizado, fué tan cruel para la pobre mujer, que perdió el conocimiento á la manera de los extáticos.

La prima Bel, con quien Hortensia hablaba, enviaba de cuando en cuando para saber cuando podrían volver al salón; pero su joven prima la distraía tanto con sus preguntas en el momento en que la baronesa volvió á abrir la puerta vidriera, que ni siquiera lo notó.

Isabel Fischer, cinco años más joven que la señora Hulot y sin embargo hija del mayor de los Fischer, estaba lejos de ser guapa como su prima; así es que siempre había tenido mucha envidia á su primá. La envidia formaba la base de aquel carácter lleno de excentricidades, palabra empleada por los ingleses para denominar las locuras, no de las casas pequeñas, sino las de las grandes. Aldeana de los Vosgos en toda la extensión de la palabra, delgada, morena, de cabellos negros y relucientes, cejas espesas y juntas, brazos lar-

gos y nervudos, pies gruesos y algunas arrugas en su cara larga y símica, tal es el retrato conciso de aquella virgen.

La familia, que vivía en comunidad, había inmolado á la muchacha vulgar por la muchacha bonita, al fruto áspero por la flor deslumbrante. Isabel trabajaba en la tierra cuando su prima era mimada; así es que ocurrió un día que, como hubiera hallado sola á Adelina, quiso arrancarle la nariz, una verdadera nariz griega que hasta las viejas admiraban. Aunque fué castigada por esta maldad, no por esto dejó de estropear las ropas y los collares de la privilegiada.

Cuando el fantástico matrimonio de su prima, Isabel se sometió, como se sometieron los hermanos de Napoleón ante el brillo del trono y el poder del mando. Adelina, buena y cariñosa como ella sola, se acordó de Isabel en París y la mandó á llamar, en 1809, con objeto de arrancarla á la miseria casándola. En la imposibilidad de casar tan pronto como deseaba Adelina á aquella muchacha de ojos negros y de espesas cejas, que no sabía leer ni escribir, el barón empezó por darle una profesión, poniendo á Isabel de aprendiz en casa de los bordadores de la corte, los famosos Pons hermanos.

La prima, llamada Bel por abreviación, enérgica á la manera de las montañesas, al mismo tiempo que se hizo bordadora de oro y plata, tuvo la fuerza de voluntad de aprender á leer, á escribir y á contar, pues su primo el barón le había hecho ver la necesidad de poseer estos conocimientos para montar un taller de bordados. Quería hacer fortuna, y en dos años se metamorfoseó. En 1811, la aldeana fué una primera dependienta bastante gentil, bastante diestra y bastante inteligente.

Esta industria, llamada pasamanería de oro y de plata, comprendía las charreteras, las agujetas, los cordones, en fin, esa inmensa cantidad de cosas brillantes que relucían en los ricos uniformes del ejército francés y en los uniformes civiles. El emperador, como italiano amigo de los vestidos, había bordado de oro y plata todas las costuras de sus servidores, y su imperio comprendía ciento treinta y tres departamentos. Estas provisiones, hechas generalmente para los sastres ó directamente para los grandes dignatarios, constituían un comercio seguro.

En el momento en que la prima Bel, la obrera más hábil de la casa Pons, donde dirigía la fabricación, hubiese podido

establecerse, la derrota del emperador estalló. El olivo de la paz que tenían en la mano los Borbones asustó á Bel; temió una baja en aquel comercio, que no iba á tener ya más que ochenta y seis departamentos que explotar, en lugar de ciento treinta y tres, sin contar la enorme reducción del ejército. Espantada, finalmente, por los diversos azares de la industria, rehusó los ofrecimientos del barón, que la creyó loca. Bel justificó esta opinión riñendo con el señor Rivet, adquisidor de la casa Pons, con quien el barón quería asociarla, y volvió á ser sencilla obrera.

La familia Fischer había caído de nuevo en la situación de que el barón la había sacado.

Arruinados por la catástrofe de Fontainebleau, los tres Fischer sirvieron como desesperados en los cuerpos francos de 1815. El mayor, padre de Isabel, fué muerto. El padre de Adelina, condenado á muerte en consejo de guerra, huyó á Alemania y murió en Trèves en 1820. El menor, Johann, fué á París á implorar el amparo de la reina de la familia, que, según decían, nadaba en oro y que no aparecía nunca en las reuniones más que con diamantes en la cabeza y en la garganta, gruesos como avellanas y dados por Napoleón. Johann Fischer, que tenía entonces cuarenta y tres años, recibió del barón Hulot una suma de diez mil francos para empezar una pequeña empresa de forrajes en Versalles, obtenida en el ministerio de la Guerra por la influencia secreta de los amigos que el antiguo intendente general conservaba en él.

Estas desgracias de familia, el desfavor del barón Hulot, una certeza de ser poca cosa en aquel inmenso movimiento de hombres, de intereses y de negocios que hacen de París un infierno y un paraíso, domaron á Bel, que perdió entonces toda idea de lucha y de comparación con su prima, después de haber sentido las diversas superioridades de ésta; pero la envidia permaneció oculta en el fondo de su corazón, como un germen de peste que puede estallar y arrasarse una villa, si se abre el fatal ovillo de lana donde está comprimido. De cuando en cuando se decía: «Adelina y yo somos de la misma sangre, nuestros padres eran hermanos; ella está en un palacio, y yo en una buhardilla». Pero todos los años, el día de su santo y á primeros de año, Bel recibía regalos de la baronesa y del barón; éste, excelente para con ella, le pagaba la leña para el invierno; el viejo

general Hulot la recibía un día en su casa á comer, y su cubierto estaba siempre puesto en casa de su prima. Se burlaban mucho de ella, pero no se avergonzaban. Finalmente, le había procurado su independencia en París, donde vivía á su gusto.

Esta joven tenía miedo, en efecto, á toda especie de yugo. ¿Que su prima le ofrecía tenerla en su casa?... Bel veía el cabestro de la mendicidad; muchas veces había resuelto el barón el problema de casarla; pero seducida al principio, se negaba en seguida temiendo que le reprochasen su falta de educación, su ignorancia y su falta de fortuna; finalmente, si la baronesa le hablaba de vivir con su tío y de cuidar de la casa en lugar de un ama de llaves que tenía que costar cara, ella respondía que aun estaba menos decidida á casarse de ese modo.

La prima Bel presentaba en las ideas esa singularidad que se observa en las naturalezas que se han desarrollado demasiado tarde y en los salvajes, que piensan mucho y hablan poco. Su inteligencia aldeana había adquirido, por otra parte, en las charlas del taller y con el roce con los obreros y las obreras, una cierta dosis del espíritu mordaz parisiense. Esta joven, cuyo carácter se parecía prodigiosamente al de los corsos, trabajada inútilmente por los instintos de las naturalezas fuertes, hubiese deseado proteger á un hombre débil; pero á fuerza de vivir en la capital, la capital la había cambiado exteriormente. El barniz parisiense no cuajaba en aquella alma vigorosamente templada. Dotada de una astucia que se había vuelto profunda, como todas las personas condenadas á un celibato real, con el giro picante que imprimía á sus ideas, hubiese parecido temible en otra situación. Mala, hubiese hecho reñir á la familia más unida.

Durante los primeros tiempos, cuando tuvo algunas esperanzas cuyo secreto no confió á nadie, se decidió á llevar corsés y á seguir las modas, y tuvo un período de esplendor durante el cual el barón la juzgó casadera. Isabel fué entonces la morena picante de la antigua novela francesa. Su mirada penetrante, su tez verdosa y su talle de caña, podían tentar á un mayor retirado; pero según decía ella, se contentó con su propia admiración. Por otra parte, acabó por considerar feliz su vida viendo cubiertas sus necesidades materiales, pues comía todos los días fuera de casa después

de haber trabajado desde el amanecer. Sólo tenía, pues, que procurarse el almuerzo y el alquiler de su casa, pues la vestían y le daban muchas de esas provisiones aceptables, como azúcar, vino, etc.

En 1837, después de veintisiete años de vida medio pagada por la familia Hulot y la familia Fischer, la prima Bel, resignada á no ser nada, se dejaba tratar sin cumplidos y hasta se negaba á asistir á las grandes comidas, prefiriendo la intimidación franca, á fin de evitar sufrimientos de amor propio. En casa del general Hulot, en la de Crevel, en la del joven Hulot, en la de Rivet, sucesor de Pons, con quien se había reconciliado, en la de la baronesa, en todas partes parecía ser de la casa. En fin, en todas partes sabía mimar á los criados dándoles propinas de cuando en cuando y hablando siempre con ellos algunos instantes antes de entrar en el salón. Esta familiaridad, por medio de la cual se ponía francamente al nivel de los criados, le procuraba su subalterna benevolencia, que es siempre esencial á los parásitos. Así es, que todo el mundo decía refiriéndose á ella: «Es una buena muchacha». Su complacencia sin límites, cuando no se la exigían, era, al igual que su falsa bondad, una necesidad de su situación. Al verse á merced de todo el mundo, había acabado por comprender la vida, y deseando agradar á todos, se reía con los jóvenes á quienes era simpática, á favor de una especie de pasteleo que les seduce siempre; adivinaba y secundaba sus deseos, se hacía su intérprete y la juzgaban una buena confidente, pues no les reñía nunca. Su absoluta discreción le valía la confianza de las gentes de edad madura, pues poseía, como Ninón, cualidades de hombre. En general, las confianzas se hacen más bien á los inferiores que á los superiores, porque se convierten en cómplices de nuestros pensamientos reservados y asisten á las deliberaciones; por eso Richelieu se consideró llegado al poder cuando tuvo derecho á asistir al consejo. Se creía á aquella muchacha dependiendo de tal modo de todo el mundo, que parecía condenada á un mutismo absoluto. La prima se llamaba á sí misma el confesonario de la familia. La baronesa era la única que, recordando los malos tratos que había recibido durante su infancia de su prima, que era más fuerte que ella, aunque más joven, conservaba una especie de desconfianza; eso sin contar con que, por pudor, sólo á Dios hubiese confiado sus pesares domésticos.

Aquí es tal vez preciso advertir que la casa de la baronesa conservaba todo su esplendor á los ojos de la prima Bel, la cual no había notado, como el advenedizo perfumista, la angustia escrita en los sofás rozados, en los cortinajes ennegrecidos y en la seda descolorida. Ocurre con el mobiliario que vemos todos los días como con nosotros mismos. Examinándose uno todos los días, acaba, como el barón, por creerse poco cambiado y joven, cuando los demás ven en nuestras cabezas una cabellera parda, acentos circunflejos en nuestra frente y mucho tejido adiposo en nuestro abdomen. Aquella habitación, iluminada siempre para la prima Bel por los fuegos de Bengala de las victorias imperiales, seguía resplandeciendo.

Con el tiempo, la prima Bel había contraído manías de solterona bastante raras. Por ejemplo, en lugar de obedecer á la moda, quería que ésta se sujetase á sus costumbres y á sus caprichos, siempre atrasados.

Si la baronesa le daba algún bonito sombrero nuevo ó algún traje de moda, inmediatamente la prima Bel lo modificaba todo en su casa á su modo y lo estropeaba haciéndose un vestido que participaba de las modas imperiales y de sus antiguos trajes lorenenses. El sombrero de treinta francos se convertía en un pingajo, y el vestido en un andrajo. En este punto Bel era testaruda como una mula; deseaba ir á su gusto y se creía encantadora de aquel modo, cuando en realidad sus gustos, armoniosos en cuanto la convertían en completa solterona, la hacían tan ridícula, que nadie podía admitirla en su casa los días de gala, aun cuando estuviese animado de los mejores deseos.

Su espíritu rígido, caprichoso é independiente, y la inexplicable fiereza de aquella muchacha á quien el barón había buscado cuatro veces marido (un empleado, un mayor, un factor de utensilios y un capitán retirado), y que había rechazado á un comerciante que llegó después á ser rico, le valía el nombre de Cabra que el barón le daba riéndose. Pero este apodo sólo respondía á las extravagancias de la superficie, á esas variaciones que nos notamos todos unos á otros en sociedad. Aquella muchacha, que, bien observada, dejaba ver el lado feroz de la clase aldeana, seguía siendo la niña que quería arrancarle la nariz á su prima y que, de no haberse hecho razonable, tal vez la hubiese matado algún día en medio de un paroxismo de envidia. El conocimiento

de las leyes y del mundo era lo único que la movía á domar esa impetuosidad natural con que las gentes del campo pasan, al igual que los salvajes, del sentimiento á la acción. Tal vez consiste en esto toda la diferencia que separa al hombre natural del hombre civilizado. El salvaje no tiene más que sentimientos, mientras que el hombre civilizado tiene sentimientos é ideas. Así, en los salvajes el cerebro recibe pocas impresiones, perteneciendo por entero al sentimiento que lo invade, mientras que en el hombre civilizado las ideas influyen sobre el corazón transformándolo é introduciendo en él mil intereses y mil sentimientos, cuando el del salvaje sólo admite una idea á la vez. Esta es la causa de la superioridad momentánea del niño sobre los padres, la cual cesa con el deseo satisfecho, mientras que en el hombre salvaje esta causa es continua. La prima Bel, la salvaje lorenese, un tanto traidora, pertenecía á esa categoría de caracteres, más comunes en el pueblo de lo que parece, que pueden explicar su conducta en las revoluciones.

En el momento en que comienza esta escena, si la prima Bel hubiese querido dejarse vestir á la moda, si se hubiese acostumbrado como los parisienses á llevar las novedades introducidas en el vestir, hubiese sido presentable y aceptable, pero conservaba la rigidez de una estaca. Ahora bien, la mujer sin gracias no es mujer en París; de modo que la cabellera negra, los hermosos ojos, la rigidez de las líneas del rostro, la sequedad calabresa de la tez, que convertían á la prima Bel en una figura del Giotto y que hubieran sido medios de sacar partido para una parisiense, y sobre todo su raro modo de vestir, le daban una apariencia tan extraña, que á veces se parecía á esos monos vestidos de mujer que suelen llevar los saboyanos. Como era muy conocida en las casas unidas por lazos de familia que frecuentaba, y como restringía sus evoluciones sociales á aquel círculo, sus rarezas no extrañaban ya á nadie, y fuera pasaban desapercibidas en medio del inmenso movimiento parisiense de la calle, donde sólo se mira á las mujeres bonitas.

La risa de Hortensia era producida en aquel momento por un triunfo obtenido sobre la obstinación de la prima Bel, la cual acababa de hacer una confesión que aquélla le exigía hacía tres años. Por disimulada que sea una solterona, existe un sentimiento que le hará siempre cometer indiscreciones, y este sentimiento es la vanidad. Hacía tres años que

Hortensia, que se había vuelto excesivamente curiosa en cierta materia, asediaba á su prima con preguntas que, por lo demás, denotaban una perfecta inocencia: quería saber por qué su prima no se había casado. Hortensia, que conocía la historia de los cinco pretendientes rechazados, se había creado su pequeña novela y suponía á la prima Bel dominada por alguna pasión, resultando de aquí continua materia de bromas. Hortensia decía hablando de ella y de su prima: «Nosotras, las solteras», y en varias ocasiones la prima Bel le había respondido: «¿Quién le dice á usted que no tengo yo un novio?» Falso ó verdadero, el novio de la prima Bel fué objeto desde entonces de continuas burlas. En fin, después de dos años de esta pequeña guerra, la última vez que la prima Bel había ido á casa de Hortensia, ésta empezó por decirle:

—¿Cómo está tu enamorado?

—Bien—le respondió,—aunque el pobre joven sufre un poco.

—¡Ah! ¿es delicado?—le había preguntado la baronesa riéndose.

—Ya lo creo, es rubio... Una negrita como yo no puede amar más que á un rubito que tenga el color de la luna.

—Pero ¿qué es? ¿qué hace?—le preguntó Hortensia.—¿Es algún príncipe?

—Sí, es un príncipe de la herramienta, como soy yo la reina de la canilla. ¿Puede, acaso, una pobre muchacha como yo ser amada por algún propietario que tenga rentas, por algún duque ó algún par, ó por algún príncipe de esos que tú te forjas en tus cuentos de hadas?

—¡Oh! ¡cuánto me gustaría verle!—había exclamado Hortensia sonriéndose.

—¿Para qué? ¿para saber cómo es el hombre que puede amar á una vieja cabra como yo?—había respondido la prima Bel.

—Debe ser algún viejo empleado, con una barba como un macho cabrío—dijo Hortensia mirando á su madre.

—Se engaña usted, señorita.

—Pero ¿tienes de veras novio?—había preguntado Hortensia con aire triunfal.

—Tan cierto como tú no lo tienes—había respondido la prima con acento picado.

—Pero, dime, Bel: si tienes un novio, ¿por qué no te ca-

sas?—había dicho la baronesa haciendo una seña á su hija.
—Hace ya tres años que se habla de él, has tenido tiempo para estudiarle, y si te ha sido fiel no deberías prolongar una situación molesta para él. Por otra parte, es una cuestión de conciencia, pues si es joven, ya es tiempo de que busques un báculo para la vejez.

La prima Bel había mirado fijamente á la baronesa, y al ver que se reía, le había contestado:

—Sería unir el hambre con la necesidad, porque él es obrero y yo soy obrera, y si tuviésemos hijos, tendrían que ser obreros. No, no; nos amamos platónicamente, y así nos resulta menos caro.

—¿Por qué lo escondes?—le había preguntado Hortensia.

—Viste blusa—había replicado la solterona riéndose.

—¿Le amas?—le había preguntado la baronesa.

—Ya lo creo que le amo. Hace cuatro años que ocupa por entero mi corazón.

—Pues bien, si le quieres, si existe, serías muy criminal para con él—había dicho gravemente la baronesa.—Tú no sabes lo que es querer.

—Ya lo creo; todas sabemos ese oficio al nacer—dijo la prima.

—No; hay mujeres que quieren y que siguen siendo egoístas, y tú eres una de ellas.

La prima había bajado la cabeza y su mirada hubiese hecho temblar al que la hubiese recibido; pero había mirado su canilla.

—Presentándonos á tu pretendido enamorado, Héctor podía colocarle y ponerle en situación de hacer fortuna.

—No es posible—había dicho la prima Bel.

—Y ¿por qué?

—Es un polaco, un refugiado.

—¿Un conspirador!—había exclamado Hortensia.—¿Qué feliz eres! ¿Ha tenido aventuras?

—Se ha batido por Polonia. Era profesor del centro que empezó por revolucionarse, y como estaba colocado por el gran duque Constantino, no puede esperar perdón.

—¿Profesor de qué?

—De bellas artes.

—¿Y ha llegado á París después de la derrota?

—En 1833 había recorrido á pie toda Alemania.

—¿Pobre joven! ¿Y tiene?...

—Cuando la insurrección, tenía unos veinticuatro años, hoy tiene veintinueve.

—Quince años menos que tú—había dicho la baronesa.

—¿De qué vive?—había preguntado Hortensia.

—De su talento.

—¿Ah! ¿Da lecciones?

—No, las recibe, y bien duras.

—¿Y es bonito su nombre?

—Se llama Wenceslao.

—¿Qué imaginación tienen las solteronas!—había exclamado la baronesa.—Cualquiera te creería oyéndote hablar, Isabel.

—Mamá, ¿no ves que es un polaco tan acostumbrado al *knout*, que Bel le recuerda esta pequeña dulzura de su patria?

Las tres se habían puesto á reír; Hortensia cantó *Wenceslao, ídolo de mi alma!* en lugar de *¡Oh, Matilde!...* y hubo una especie de armisticio durante algunos instantes.

CAPÍTULO V

Entre soltera y solterona

—Estas muchachitas creen que sólo ellas pueden ser amadas—había dicho la prima Bel mirando á Hortensia cuando ésta volvió á su lado.

—Mira—le había respondido Hortensia al hallarse sola con su prima,—pruébame que Wenceslao no es cuento, y te doy mi chal de cachemira amarillo.

—Pero si es conde.

—¿Oh! todos los polacos son condes.

—No es polaco, es de Li... va...

—¿Lituania?

—No.

—¿Livonia?

—Eso.

—Pero ¿cómo se llama?

—Vamos, quiero saber si eres capaz de guardar un secreto.

—¿Oh! prima, seré muda.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

29678